

www.puntodelectura.com

GONZALO TORRENTE BALLESTER

La saga/fuga de J. B.

punto de lectura



Gonzalo Torrente Ballester (Ferrol, A Coruña, 1910-Salamanca, 1999), profesor, periodista, crítico, dramaturgo y novelista, es uno de los más notables escritores españoles del siglo xx. Entre su extensa obra destacan la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), *Don Juan* (1963), *Off-side* (1968), *La saga/fuga de J. B.* (Premio de la Crítica 1972), *Fragmentos de Apocalipsis* (Premio de la Crítica 1977), *La Isla de los Jacintos Cortados* (Premio Nacional de Literatura 1981), *Filomeno, a mi pesar* (Premio Planeta 1988) y *Crónica del rey pasmado* (1989). Miembro de la Real Academia Española desde 1975, recibió también, entre otros muchos, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1982 y fue el primer novelista español galardonado con el Premio Miguel de Cervantes, en 1985.

www.gonzalotorrenteballester.es

GONZALO TORRENTE BALLESTER

La saga/fuga de J. B.

Título: La saga/fuga de J. B.

© 1972, Gonzalo Torrente Ballester

© Herederos de Gonzalo Torrente Ballester

© 1991, José Saramago, «Perfiles cervantinos en la obra de Torrente»

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: octubre 2007, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2052-8

Depósito legal: B-41.342-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Jesús Acevedo

Diseño de colección: Jesús Acevedo

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mis amigos de la Universidad de Albany
A mis amigos de Marín y Pontevedra
A Elena y Domingo García Sabell

Rostros que sueñan pasmos en la niebla.

GERMÁN BLEIBERG

*Una sesión de circo se iniciaba
en la constelación decimoctava.*

GERARDO DIEGO

*Tin morín de dos pingüés,
cúcara mácara chíchara fue.*

POPULAR

Incipit

¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!

En la mañana de niebla, casi al alba, las voces estremecen el aire como trompetas. Toca todavía la campana, a la primera misa; pero su sonido es tenue, precavido, como para entrar de puntillas en las alcobas oscuras, un sonido al que se da la espalda, que se esquiva o acalla metiendo la cabeza bajo las sábanas. «Pepiño, levántate, que ya son las seis y media.» Un sonido que sería impertinente si no fuera habitual; que sería íntimamente detestado si no actuara de despertador, a esa hora en que los que trabajan tienen que despertarse.

¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!

Aquella señora enlutada, que se llama la Tía Benita dos Carallos por los muchos que mete en la conversación, quizá para garantizar la veracidad de sus afirmaciones, y tiene una tienda de abacería en la calle del Rostro Mugriento; aquella mujer arrugada que, además del luto, muestra las canas del cabello, pega voces allá en lo alto de la escalinata, voces tremendas, voces desgarradas, voces despepitadas, en el mismo momento en que la niebla se esclarece un poquito porque el sol acaba de salir y le presta algo de su luminosidad; en el momento

en que la niebla, allá abajo, en la Ciudad Nueva, se hace más espesa y gris por la parte del Mendo, más ocre y húmeda por la parte del Baralla: lento el uno, rápido y alborotado el otro; de aguas densas el Mendo, de aguas opacas las del Baralla, transparentes, ligeras, que se cuentan las guijas relucientes de su lecho. El Mendo es atractivo y siniestro: invita a mirarse en él como un espejo, y hay que apartarse de prisa, porque en los adentros del que se mira nace en seguida un deseo incoercible de aniquilamiento. El Baralla invita, en cambio, a la aventura, a la evasión, al viaje: no descanso, sino camino ofrece; no tumba, sino vehículo. Los cuatro J. B. de que se guarda memoria, por él marcharon hacia la mar, si bien algunos aseguren que se cayeron al Mendo y fueron devorados de las lampreas.

¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!

Envía contra el cielo los brazos negros, los puños apretados; se le retuerce el cuerpo, le queda al descubierto la trenza escueta y grisácea. Se llama, ya se dijo, la Tía Benita, y nunca toma a mal el remoquete. Tiene una tienda de abacería en la calle del Rostro Mugriento, conforme se entra, a mano izquierda: una tienda muy limpia, en un bajo de dos habitaciones, y, en la que hace de sala, donde está también el mostrador y donde se acumula la mercancía —cestos, limones, quesos de la Illana, barras de pan, ristras de ajos—, preside el retrato de un sargento de las guerras coloniales, que fue su padre y que un pintor ambulante le sacó al carboncillo de una fotografía amarilla y gastada. «Tienes que levantarte, Pepiño. Ya es día claro.» «Mi madre, ¿no oye que gritan?» «Pues sí, parece que gritan. Pero, levántate, anda. Mientras, iré a ver.» Y aguza el oído para escuchar mejor, para enterarse de lo que dicen

aquellas voces que llegan con el sonido de las campanas, pero sin mezclarse, sin confundirse, como si resbalasen por distintos planos del aire, sin que hubiera lugar a interferencias: una es la voz de la campana; otra, la de la Tía Benita. Cuando sale el sacristán, la agarra sin miramientos y pretende taparle la boca enfurecida con aquellas manazas negras, tan duras y ásperas que su mujer dice que la lastima cuando la magrea. La niebla está más clara, sí; por allá arriba, y detrás de la Tía Benita, se ve la mole de la Colegiata y el bulto estirado de la torre. El sacristán le dice: «¡Cállese la boca, puñetera beata!»; pero ella le muerde, y él la aparta de un empujón. Es ya tarde para las precauciones: se han abierto cuatro o cinco ventanas; mujeres en camisón y con los abrigos por los hombros se preguntan que qué sucede y que por qué aquellas dos sombras pelean, el sacristán y la señora Benita, una mujer de bien, que se gana la vida honradamente con su tienda de abacería (cestos, limones, quesos de la Illana, ristras de ajos, leche fresca todo el día). ¡Ah! Y empanadas de lamprea, grandes y pequeñas, enteras o en pedazos. Las empanadas las hace ella, que le viene de familia la buena mano para gramar la masa y sacarla delgadita y crujiente; pero las lampreas se las pesca el señor Florindo el Maricallo, que vive con ella, que con ella duerme, pero sin que pase nada. «¡Se lo aseguro, señor Deán, por la gloria de mis difuntiños! ¡Ni una vez me tocó el pobre el pelo de la ropa, y si una hija tuviera, se la dejaría con toda confianza, porque le aseguro que sus partes son más pequeñas que las de un niño, mejorando lo presente y perdone la manera de señalar! Si lo metí en mi casa, por caridad fue, nada más que por eso, y le juro que él se gana lo que come, porque las mejores lampreas van a parar a sus anzuelos y no a los de los otros. Cuando vuelvo de misa, ya me espera en la cocina, con el

pescado limpio y cuarteado, y yo no tengo más que ponerme a amasar, y hasta en eso me ayuda.» Por respeto al lugar y al sacramento, la Tía Benita, al confesarse, omite los carallos, y eso le hace hablar premiosamente y con tartamudeo: un silencio en el lugar de cada taco, y son muchos silencios. Florindo el Maricallo madruga mucho. Cuando ella se levanta, ya está él dispuesto, con la cesta y los avíos: es tan listo, que él mismo los fabrica, y ¡hay que ver lo que ahorra! Da los buenos días como Dios manda, porque es educado como la gente de antes; bebe el café y marcha Rúa Sacra abajo, entre la niebla, cantando por lo bajinis las canciones que aprendió en Madrid cuando hizo el servicio: con una especie de contoneo de nalgas que parece una convulsión, pero que, en su tiempo, tenía su gracia, ¡ya lo creo!, y hasta sus parroquianos, y esto no es hablar mal de nadie porque lo sabe todo el mundo. Antes de la guerra, le llamaban de todas partes para animar las fiestas con la imitación de las artistas que había visto en los Cafés del Pecado, y todo el mundo se divertía porque lo hacía bien, si no eran algunos bestias que le insultaban. Pero eso era antes. Ahora, no le insultan ni tampoco la gente se divierte. Ahora, los tiempos son otros, y la gente ha cambiado. ¡Y lo que todavía cambiará! Por eso tuvo que acogerse al buen corazón de la Tía Benita y compartir con ella la cama y el pan, pero sin que pase nada. Se calientan el uno al otro, eso sí, cuando hace frío en invierno, pero en calentarse no hay mal alguno.

¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!

La gente ya sale de las casas: niños sin lavar, con las greñas revueltas; las madres, poniéndose las horquillas en el moño y hablando a voces unas con otras. También salen los maridos, con la chaqueta puesta y abrochándose los últimos botones de la

bragueta. Y miran todos hacia arriba, hacia el cabo de la calle, donde ya no se ve el bulto del sacristán, donde la Tía Benita sigue vociferando, sigue enviando al cielo los puños crispados. Mientras, el sacristán avisa. Primero, naturalmente, al señor Deán, que para eso lo es; pero, en seguida, a don Acisclo Azpilcueta, por aquello de lo bien relacionado que está y de la autoridad personal que tiene, y porque sabrá lo que hay que hacer y a quién hay que dar cuenta del caso. Hasta por teléfono se nota la diferencia de las personas. El señor Deán, con telarañas de sueño en las palabras, se limita a decirle: «¡Voy, voy en seguida!», y parece apurado. Don Acisclo, en cambio, le responde tranquilo, y le pregunta si ha hecho algo, y si la gente acude, y, cuando le responde que la Rúa Sacra está llenándose, le da una orden, cosa que al señor Deán no se le ha ocurrido: «Que no entre nadie en la iglesia. No se mueva del atrio, y, si gritan o le desobedecen, póngalos a rezar». Así, cuando llega el Deán, va por el primer misterio, y no puede interrumpirlo, y el Deán entra corriendo —por la mejilla le resbalan gotas del agua con que acaba de afeitarse—, y comprueba en un periquete que el camarín del Santo Cuerpo está vacío. Y cuando llega don Acisclo —van por el segundo misterio, hacia el final—, el sacristán le saluda con la mano y recibe una sonrisa de aprobación. Don Acisclo viene pausado, cosa rara, diríase que contento. Antes de entrar contempla la multitud que, allá abajo, se incrementa por segundos, que es ya una masa apretada y oscura como la niebla, aunque un poco más compacta. «Y, ahora, ¿qué me dice?» «¿Qué quiere que le diga?» Están frente a frente, el señor Deán y don Acisclo, y se miran, y el señor Deán acaba por bajar la cabeza. «¿Qué quería usted? ¿Que pusiera a la Guardia Civil en la capilla día y noche?» A don Acisclo le sale una sonrisa torcida, una sonrisa de

hombre enteramente superior a los acontecimientos, una sonrisa que desinfla la energía de aquel corpachón del Deán, tan fuerte y tan pesado, y le hace aflojar los brazos y caer las manos. Como si le dijera: «Usted gana», lo que equivale a confesar: «Usted es más listo que yo, habla mejor que yo, es más elegante y más guapo, tiene más clientela, yo soy una verdadera mierda y ahora mismo presento la dimisión y marchó a mi casa de Magalofes, de donde ya no saldré más que con los pies para delante». Pero, claro, no es tan explícito, ni piensa presentar la dimisión, sino aguantar, si es que puede, y a otra cosa. Por fortuna no hay que lamentar desgracias personales. Además, don Acisclo sabe ganar, qué caray, para algo es de familia antigua y educada, y por eso, sin decir más, entra en la iglesia y examina con atención el lugar del suceso, donde no hay fractura ni señal alguna de violencia, donde está todo como si no hubiera pasado nada, salvo que, debajo del altar de la Santa, tras el cristal empañado, hay un vacío oscuro. Y, como el Deán, mudamente obediente, ha venido detrás; como ha sentido sus pasos quedos en las losas del suelo, sin volverse, sin mirarle, le dice: «No tendrá usted la menor duda de quién fue». «¿Yo? ¿Cómo voy a saberlo?» Entonces, don Acisclo se vuelve y le examina con esa sonrisa con que sabe mirar sin querer ofender, pero ofendiendo: «No hacen falta más que dos dedos de frente para comprenderlo, señor Deán». Y el Deán levanta la mano y comprueba que su frente excede bastante de los dos dedos, mide lo menos cuatro, y no de los delgados, pero, a pesar de todo... «Fue don Jacinto Barallobre, y no hay quien pueda acusarlo de robo ante ningún tribunal, ni civil ni eclesiástico, porque ustedes llevan más de mil años aceptando el desafuero de que el Santo Cuerpo no sea propiedad eclesiástica.» Entonces, señala la piedra donde consta, en letras casi borrosas, el privilegio

absurdo. El Deán apenas se atreve a murmurar: «Sí, claro...», y don Acisclo concluye: «De manera que aquí ya no hay nada que hacer»; que es, aproximadamente, lo que el señor Juan el Evangelista acaba de decir al señor Florindo el Maricallo ante la evidencia de que en el río ya no hay lampreas. El Florindo y el Juan no son amigos, a pesar de que todas las mañanas pescan en vecindad y con parecido éxito. El señor Juan el Evangelista recibe este nombre a causa de su rostro lampiño y bello con aureola de rizos tirando a rubio, y también de que nadie sabe que haya catado fembra, aunque no al modo de Florindo, ni por las mismas razones, sino por la vía de la más casta indiferencia. El señor Juan tiene fama de santo, aunque nunca haya hecho milagros: un santo pobre y digno cuya virtud premia el Señor empujando dulcemente hasta sus artes las lampreas más sabrosas; pero como siempre sobra alguna, el excedente acude a los anzuelos del señor Florindo, reputado de pecador y no sin causa. Los que saben leer más allá de lo aparente, los que consideran la vida como un libro abierto, se paran muchas veces a contemplarlos, tan cerca el santo del demonio, próximos los cestos, coincidentes las artes en las aguas del río, y las lampreas vacilando entre el mal y el bien como meros mortales. ¡Ay, si la gente tuvieran de esas miradas que penetran! No habría más que asomarse, por la mañana, al parapeto de la Alameda, para contemplar en espacio escaso, y reducida a dos figuras, aquella alegoría de la Vida. Pero la gente, ya se sabe, va a lo suyo, y ni siquiera se pregunta por qué pescan tan próximos el casto y el pecador jubilado. Es un espectáculo cotidiano. Uno termina antes que el otro, sí, pero con muy pocos minutos de diferencia. Y el que primero termina se marcha antes, acaso para no tener que hablar al otro. Se limitan a decirse: «Buenos días», al llegar y al marchar:

sin desabrimiento, sin orgullo. El uno, con la humildad del santo, el otro, con la del pecador; que son iguales humildades. Pero esta mañana, cosa extraña, se han mirado. Han osado mirarse después de comprobar que las lampreas no acuden. Y han hablado, y han explorado juntos las aguas próximas y las lejanas, y al final de aquella operación conjunta y casi silenciosa, han exclamado al mismo tiempo que el río está vacío y que ya no hay nada que hacer. Aunque las cosas no sean en realidad tan fáciles, porque si el río se ha vaciado, ¿de qué va a comer la gente? ¿De qué van a alimentar, el uno, su santidad, y el otro, el recuerdo de sus pecados? Es el momento en que se escuchan, una detrás de otra, la sirena de la fábrica de gaseosas, y la de la serrería, y la de la fábrica de conservas. Todos los días, los trabajadores pasan de prisa, porque nada de lo que ven pertenece al orden de lo extraordinario. Pero lo es hoy el hecho de que el pecador y el santo se hayan juntado, y se hablen, y manoteen (aunque con medida y dignidad). Por eso hay alguno que se acerca, y se detiene, y se entera sin preguntar de que el río ha quedado desierto. Así, empiezan a gritarse y a formar grupos, y las conversaciones suben de tono, y todas ellas se pueden resumir en una sola interrogación patética: «¿Qué vamos a comer ahora los pobres?». La Colegiata está allá arriba, al otro lado del río, corona de la Cibidá. Puede verse desde la Alameda, y la Alameda puede ser vista desde la Colegiata. Pero las casas antiguas, encaladas, de ventanas verdes y tejados húmedos, ocultan la Rúa Sacra, ocultan la gente que la llena, que se apiña, que se pregunta y se queja: «¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?». Y van llegando los personajes, el Juez y el Presidente de la Audiencia los primeros, y, casi en seguida, el Poncio y el Comisario. El Poncio viene tan pincho como siempre, con su traje gris, su sombrero negro de gran barandilla

y su caña de Ceylán, que sustituye al bastón de mando en las ocasiones de trapillo. También con sus gafas oscuras, que ocultan al espectador la realidad de su mirada. El Comisario, en cambio, es menos aparente, pero no necesita galas, y se viste de tal manera que nadie se fija en cómo viste, y actúa siempre de modo que nadie se dé cuenta de lo que hace; por eso el Poncio, sin confesárselo, confía y descansa en él: «Usted, Comisario, que tiene tanta experiencia, ¿quiere venir conmigo a la Colegiata, donde creo que han robado algo?». Pasan entre la gente, ascienden la calle pina, hablan por fin con el Deán y con don Acisclo, y los que llenan la calle enmudecen poco a poco, sin más que suspiros sueltos y la inevitable información somera, en voz muy baja, a los nuevos que van viniendo: «Nada, mujer; nada, que robaron el Cuerpo Santo. ¿Qué va a ser ahora de nosotros?». Miran a los personajes, que no suspiran, que no gimen; esperan sin saber qué, pero lanzan miradas tímidas a la fachada muda de la Casa del Barco, la fachada de piedra con el bergantín encima de la puerta cerrada, entre dos ventanas también cerradas. «Y ahí no puede haber nadie, porque, si alguno de los hermanos estuviera, ya habría acudido.» El Deán da explicaciones al Magistrado y al Juez; don Acisclo, al Poncio y al Comisario. Otros clérigos y otros personajes se unen a un grupo o al otro conforme llegan. Y hay un momento en que los grupos se confunden, forman uno solo, como una de esas curvas que tienen dos centros, don Acisclo y el Deán. No se hará nada hasta que los centros secundarios sean eliminados en beneficio de uno solo, que ocupará precisamente el Juez. Pero las circunstancias del caso, que obligan a decir siempre «la desaparición» y nunca «el robo», excluyen la posibilidad, al menos inmediata, de que el Juez llegue a ocupar el puesto que, por derecho y en circunstancias normales, le correspondería. También

en la Alameda se han formado dos grupos, alrededor del santo, alrededor del pecador; y cada uno explica con sus palabras que en el río no hay nada, lo que se dice nada. La Alameda nunca vio tanta gente, ni los días de la verbena del Cuerpo Santo, allá por el veinte de agosto, cuando se queman los fuegos artificiales con la gran lamprea mítica, casi dragón y no lamprea, que empieza siendo roja, luego verde y, por fin, amarilla, y acaba desbaciéndose en millares de lampreitas que vuelan por el aire y después caen, y los chiquillos se colocan debajo a recibir aquella lluvia de peces encendidos. Las lampreas se han ido. Es, parece ser, una súbita catástrofe sin causa prevista, y, por supuesto, inevitable como un terremoto o un ciclón. Ante la Colegiata, el nombre de Barallobre está en todas las lenguas, y el sacristán se encarga de comunicarlo a la masa silenciosa que espera algo, no sabe qué. El nombre desciende hasta las últimas filas, se suma a la información escueta de los que llegan. Pero no levanta gritos, sino sollozos. No protestas, sino conformidad resignada y llorosa. Barallobre es el dueño del Cuerpo Santo: un día u otro se lo tenía que llevar. Si no él, sus hijos o sus nietos; pero ¿adónde?, pero ¿cómo? Don Acisclo se aparta descaradamente con el Poncio, lo lleva por debajo del arco de la capilla hasta el parapeto sobre el abismo del Baralla, y señala la escalerilla que, desde la terraza de la Casa del Barco, conduce a las aguas tumultuosas. «¿Ve usted? Allí había siempre una barca, y ya no está.» «Pero ¿es posible?» «Pues, ¡ya ve!» «¿Y se han ido los dos?» «No. La hermana, no. La hermana se había marchado ayer, pero no definitivamente. Hubo cosas, ¿sabe?», y guiña el ojo. «¿Hay que esperar entonces a que regrese?» «No queda otro remedio.» «El Juez hablaba de abrir la casa con mandato legal.» «¿Quiere decir echar la puerta abajo?» «Otra manera habrá.» Don Acisclo se queda pensando:

«Quizás haya una, aunque no es segura. Barallobre tenía un secretario, un tipejo raro, a quien, a lo mejor, ha dado una llave». «¡Que lo traigan en seguida!» Antes de reunirse con el grupo, el Poncio retiene a don Acisclo: «Por cierto, no le agradezco nada el consejo que dio a mi mujer el otro día. ¿No comprende que arruinaría mi carrera?». «Pues, del otro modo, pienso que va a arruinar su matrimonio.» «Para evitarlo, precisamente, la he mandado a una casa de reposo. Lo que necesita es eso, tranquilidad, y dejar quieta la imaginación.» Don Acisclo se encoge de hombros y, en su fuero interno, se desentiende del caso particular del señor Poncio. Aquella sonrisa rápida, casi secreta, quiere significar que muera el cuento. Pero el señor Poncio desconoce las claves que permiten interpretar la sonrisa de don Acisclo, que siempre es la misma, pero con matices y significaciones múltiples. «No se fije en la mueca de los labios, sino en lo que sucede en las comisuras.» Como el Poncio no lo hace, como piensa que don Acisclo, con la mueca, asiente, le echa la mano al hombro, lo aparta del parapeto y lo conduce al atrio, desde donde se ve la muchedumbre que llena la Alameda, se ven las cabezas asomadas al río, pero a nadie llama la atención hasta que unos niños se desnudan y se arrojan al agua. Hace cientos de años que nadie se ha bañado en el Mendo, el río que no devuelve los cadáveres, pero también el río en que uno podría bañarse dos veces si no fuera por las lampreas. Las lampreas se han encargado de impedir que Heráclito fuera empíricamente contradicho, que es lo que hacen ahora esos muchachos desnudos que se bañan en el río: contradecir a Heráclito sin saberlo. Porque el Mendo no fluye, las aguas del Mendo son aguas quietas, o, al menos, tan lentas que no parecen moverse. Los niños que se arrojan desde el parapeto de la Alameda rompen la superficie de espejo oscuro, cruzan

de una orilla a otra, ríen, se zambullen, bucean y sacan piedras limosas; a veces, huesos humanos carcomidos, roídos por dientes menudos y voraces. «¡Que vayan a buscar a un tal Bastida!», ordena el Poncio; y el Comisario, al recibir la orden, sonrío: «¡No conozco otra cosa!». Pero alguien, uno de los clérigos anónimos que rondan silenciosos, le advierte que el tal Bastida no vive, desde ayer, en la fonda del Espiritista, sino en lugar ignorado, porque el Espiritista lo ha cogido en la cama de su hija y los ha echado a los dos de casa. «¡Búsquemelo debajo de la tierra!» El Comisario empieza a abrirse paso entre la gente, en el momento mismo en que alguien ve a los niños bañarse y los señala asombrado. «¿Y las lampreas?» «¡Oiga, mire allá abajo!» Hay un movimiento unánime de clérigos y personajes hacia el balaustre de piedra, más allá del cual empieza la pendiente suave que termina en la orilla. El Deán da al señor Presidente de la Audiencia una nueva explicación, pero don Acisclo no explica nada al Poncio: contempla los niños que se están bañando, la muchedumbre congregada en torno a otro suceso que no le fue explicado, pero que ya adivina. ¡Es listo, muy listo, extremadamente listo don Acisclo Azpilcueta! Y, cuando se vuelve para informar al Poncio de la complejidad de los acontecimientos, el del río y el de la Colegiata, y, ante todo, de su conexión sobrenatural, la muchedumbre que llena la Rúa Sacra no mira hacia arriba, no espía los movimientos de los personajes, no intenta interpretarlos, porque las dos muchedumbres, al crecer, se han juntado, y los de abajo saben que han robado el Cuerpo Santo, y los de la Rúa Sacra saben que han huido las lampreas. Y hay como un apaciguamiento inmediato, como cuando se explican con todas las de la ley las causas de una catástrofe: al Santo Cuerpo Iluminado se lo llevó don Jacinto Barallobre porque era suyo, y las lampreas han huido

siguiéndolo —al Santo Cuerpo, no a don Jacinto—. Todos, los de arriba y los de abajo, sabían que a una cosa seguiría la otra: inexorablemente, y con esa certeza por encima de cualquier contingencia, como la de la muerte. «Hombre, ¿y a usted quién le asegura que tiene que morir?» «Mire, hasta ahora, no se sabe de nadie que no lo haya hecho.» «Pero bien pudiera suceder que, de pronto, usted...» «¡No sea imbécil!» Pudiera suceder, eso sí, que el Santo Cuerpo permaneciese siglos y siglos más en la urna de cristal y bronce y entonces las lampreas se mantendrían en el río, unas veces gruesas, grasientas, de vender a buen precio, y otras flacas, pajizas, melancólicas, de ir tiradas, según que hubiera o no cadáveres, y no de suicidas, ni tampoco de gente forastera que arrojemos al río, todo eso son leyendas inventadas por la envidia, todo el mundo lo sabe, por eso siguen viniendo los viajeros de comercio, y los funcionarios públicos, y los curiosos de la Colegiata y los aficionados a la buena mesa; pero, si por alguna razón, o, al menos, por alguna causa aunque no fuese razonable, desapareciera, las lampreas irían detrás, y, ese día, sin Santo Cuerpo y sin lampreas, ¿qué va a ser de nosotros, Dios del cielo?

Balada incompleta y probablemente apócrifa del Santo Cuerpo Iluminado

No lo sabemos, no, no lo sabemos
ni lo sabremos nunca:
por qué hay un silencio en la mar y en el aire,
un silencio redondo de cielos acerados
rodeado de vientos y de olas tremebundas,
y del ruido que el agua fabrica en sus entrañas
como si protegiera la paz de aquel espacio.
No lo sabemos, no, ni lo sabremos nunca.
Ni sabremos tampoco
por qué una noche, hace ya mucho tiempo,
una noche cualquiera en un tiempo remoto,
de estrellas y sin luna,
apareció la Barca Iluminada,
tranquila en medio del silencio
como una fuente de luz, o como una
mecida claridad,
o como un tierno sol salido del abismo.
¿Y por qué no como una estrella?
Porque también las estrellas se bañan,
dicen los viejos marineros;
se bañan más allá del horizonte,
ese lugar de músicas y cánticos,
de peces voladores, de islas que navegan,

de sirenas que engañan,
de claridad que ciega el ojo humano
y de penumbras que lo confunden y lo ahogan:
porque por eso el Misterio es el Misterio,
la mar se llama Tenebrosa,
y quedan excomulgados los que se arriesgan
más allá de los límites.
¡Ay, marineros, ay!
En los ojos azules,
en la sangre que os corre por las venas
lo lleváis encerrado, y por eso,
como la cosa más natural del mundo,
decís sencillamente:
«Más allá de las Islas,
en el recodo tranquilo de la corriente
(que a veces trae pájaros muertos, de plumaje metálico,
y plantas ignoradas,
y coronas de reyes crueles),
una Luz se ha encendido».
Y vais todos a verla, todos;
aparejáis de noche vuestras barcas
y navegáis hacia el Poniente
hasta llegar al borde mismo de las olas,
allí donde remansan y enmudecen,
y esperáis a que la Barca Iluminada,
dulcemente llevada por la brisa,
ante vosotros pase
(aunque a distancia razonable).
Y os santiguáis, marineros de Bueu y de Combarro,
de La Puebla, de Cangas del Morrazo,
de Muxía, de Muros, de Bayona

y de Vilagarcía;
pescadores de altura y de bajura,
buenos cristianos todos,
aunque alguno no crea en los Primeros Viernes.
¿Si será un Cristo nauta que llegue de otro mundo,
o el cuerpo de un Apóstol, como el de Santiago,
en su barca de piedra
en demanda de huesa sosegada?
«Señor obispo de Tuy,
venga allá con nosotros
en la nave más nueva y más segura.
Traiga ceniza y óleo
por si es cosa del diablo,
y agua bendita y bendiciones
por si es cosa de Dios.
Señor obispo de Tuy,
padre de los cristianos,
de los malos igual que de los buenos:
venga con nos al mar,
con todo su poder episcopal,
poder que ata y desata
y confina al infierno al demonio rebelde;
el poder que perdona el pecado a los pobres
y la virtud a los ricos.
Por San Telmo bendito, que también fue de luz,
venga con nos.» Y allá se fue el Obispo,
con báculo y con mitra,
de pontifical revestido
(pues no era para menos la ocasión)
y un presbítero y un diácono
que llevaban el agua y el hisopo,

el óleo y la ceniza,
la espada y la cruz de Cristo.
Navegaron al Norte, todo un día,
porque partieron de La Guardia, que está bastante al Sur,
y en las Islas Sisargas
hubieron de esperar a que la escuadra pescadora
de todas las aldeas de la costa
se reuniese con ellos,
turbada de temor y de esperanza.
«En el nombre de Dios (dijo el prelado),
y de Santa María,
naveguemos, armados de la Cruz,
hacia el Poniente, en donde el sol se cae,
sin miedo y sin cautela,
porque está escrito que contra Ella
(se refería a la Cruz, naturalmente)
no prevalecerá el Infierno.
Vamos a ver qué pasa
en la mar del silencio,
en ese redondel donde no entran los vientos
y en cuya linde las olas se detienen.»
Los cómitres silbaron,
los remos se metieron en las olas
y apuntaron las proas
al horizonte oscuro, ensangrentado,
donde el sol acaba de ponerse.
«¡Hip! ¡A bogar! ¡Hip! ¡A bogar!
¡Qué hermosa es esta vida de la mar!
¡Hip! ¡A babor! ¡Hip! ¡A estribor!
¡Sigamos nuestro rumbo sin temor!
¡Qué bueno es navegar! ¡La mar es lo mejor!

¡En tierra nos espera nuestro amor!»
Le pareció al Obispo
que la canción aquella
no era del todo adecuada
para ocasión de tanta compostura.
«Cantemos, buenos cristianos, los Salmos Penitenciales,
para que el diablo, si anda próximo, no nos coja en pecado.»
«De profundis clamavi ad Tè»,
entonaron cien voces varoniles,
y algunas, más delgadas, de grumetes.
El diácono los dirigía a todos
con el hisopo en la mano;
y el Obispo de Tuy,
erguido, de pie, en la proa,
adelantaba la confesión de sus pecados
entremezclada de rotundos vade retros
y de otras invocaciones al Señor y a los Santos:
hasta que en el horizonte
se hundieron los colores del crepúsculo
y la cóncava noche
cerró al cielo la luz.
Entonces, sólo entonces,
empezó a fungar el viento,
se estremecía el aire de luces misteriosas
como si aquella noche se abriera el Purgatorio
y las Benditas Ánimas clamasen al Señor sobre las aguas.
¡Ay, Dios nos valga! ¡Ay, Jesucristo, Señor nuestro!
¡María, Virgen del cielo! ¡Apóstoles benditos!
¡Ioanne, Stephano, Mathia,
Barnaba, Ignatio, Alexandro,
Perpetua, Agatha, Lucia,

Caecilia, Agnete, Anastasia!
¡Ayudadnos a pasar
los peligros nocturnos!
¡Libradnos del pecado
y de la muerte eterna!
Y todos, temerosos, remaban y clamaban:
«Santo señor Obispo, tenemos miedo
de este mar agitado, de este viento del Norte
que empuja nuestras barcas a lo desconocido
contra la voluntad de nuestros timoneles.
Señor Obispo, padre de todos los cristianos,
no eres un navegante, sino un santo.
El Remanso del Mar queda ya a barlovento;
nos vamos alejando de la ruta
y el viento nos impide enderezar el rumbo
y volver a la aldea
donde el niño pregunta por qué el padre se tarda.
Si la nortada sigue, señor Obispo,
puede absolvernó a todos
y rezarnos la recomendación del alma,
porque el copo de muertos será grande esta noche».
«¡Hombres de poca fe!», gritó el Obispo,
«¿por qué clamáis al cielo vuestro miedo?»
«¡Déjate de preguntas y reza por nosotros!»
Entonces, el Obispo se arrodilló en la barca;
inclinó la cabeza hasta tocar el fondo,
y humillado ante el cielo, oró de esta manera:
«Señor de lo más alto y lo más hondo:
Tú, que dispones de cielo y mar
y desafías la tempestad,
manda callar el viento, retira de los aires

los signos de tu ira;
envíanos la luz que nos guíe en la noche
y nos lleve a buen puerto,
porque estos hombres no andan tras las riquezas
ni yo dejé mi sede procurando el poder:
ellos y yo queremos, Misterio del Misterio,
que tu Gloria reluzca y tu Grandeza asombre.
¡Ten de nosotros, Señor, piedad,
y envíanos señales de tu benevolencia!».
Y, así, postrado en la barca,
manchándose de brea los encajes del alba,
oró en silencio, y lloró.
La luna asomó entonces por los montes lejanos,
bandadas de arroaces brincaron por la proa.
Una racha de vientos hizo gemir las jarcias
como diciendo adiós,
y la mar encrespada se fue quedando quieta,
reluciente, ondulada, como de una piscina.
«¡Milagro, es un milagro!», decía todo el mundo,
y en las pobres aldeas lejanas, las mujeres
cantaban a sus hijos canciones de esperanza:

«Xa virá o pai, menino, xa virá.
Si non é pol-a noite, pol-a i-alba será».

Y siguieron remando, la proa al horizonte,
en un mar que la luna clareaba, en un mar
rizado por la brisa salada de la noche.
Delante va el Obispo, incensando los aires;
el diácono queda traspuesto, e iba soñando
que era rey en un reino remoto y soleado,

y las tripulaciones, para remar, cantaban:

«¡Quem che me dera en Lobeira,
quem en Lobeira me dera!
¡Quem che me dera en Lobeira,
Lobeiriña, miña terra!»

Y, de pronto,
cuando al Norte apuntaban las afiladas proas
para tomar el rumbo de las playas lejanas,
uno de Santa Comba gritó: «¡Una luz veo!».
Y otros gritaron luego: «¡Una luz! ¡Una luz!».
Apuntaban los brazos extendidos
hacia un lugar en el espacio,
hacia un lugar que apenas se veía,
hacia una luz como un destello débil,
hacia una luz purísima y temblona,
hacia un deseo que fuera como un sueño.
¡Una luz, una luz! Y el Obispo:
«In tenebris, lux scintillat!».
Y el Presbítero:
«In tenebris, lux una!».
Y el Diácono: «¿Qué pasa?».
mientras se restregaba los ojos soñolientos.
«¡Vamos allá, muchachos! ¡Redoblar el esfuerzo!
¡Al que llegue primero le daremos un premio!»
Los marineros bogan, los arroaces saltan,
los cómitres animan, los clérigos salmodian
y la luna se asoma a una nube delgada
para ver la regata y aplaudir al primero.
La luz está ya cerca, es más grande y más clara.

Se adivina una barca dulcemente movida;
pero, a medio camino, las olas en barrera
hacen un remolino rugiente y tremebundo
contra el que los delfines inútilmente ensayan
un salto y otro salto. «¡No podremos pasar!»,
dice una voz oscura, y otras voces añaden:
«¡Es el círculo mágico de la Sierpe del Mar!
Nadie lo ha atravesado, ni nadie, que se sepa,
lo pasará jamás. Los vientos se detienen
como ante una muralla, y las olas más grandes
se estrellan al llegar».

«Santo señor Obispo, ¿qué pretende que hagamos?»

El Obispo responde: «Ante todo, rezar».

Y rezan de rodillas, todos, un nuevo paternoster;

el Obispo bendice nuevamente la mar,

las barcas se congregan formando semicírculo,

las antorchas comienzan el aire a iluminar.

«¿Qué ves?» «Veo una barca.» «¡Y un ataúd en ella!»

«Dentro, hay un cuerpo muerto.» «La caja es de cristal.»

«La luz sale del cuerpo, no de vela encendida.»

«Una mujer parece.» «Una santa será.»

«Padre y señor, ¿qué hacemos? ¿Dejarla abandonada?»

Porque no hay quien se atreva el círculo a pasar.»

El buen Obispo escucha, medita, y alza al cielo

una vez más los brazos. Oiréis lo que dirá:

«Escuchar, marineros: es, sin duda, una santa
que el cielo nos envía para nuestra piedad.

En el nombre del Padre que rige el Universo

y en nombre de la Iglesia, que me da autoridad,

yo concedo ese cuerpo, la barca y el sudario,

las anclas si las tiene y la urna de cristal

al hombre que se atreva a saltar la barrera,
sea a vela o a remo, solo o en sociedad
sin más obligaciones, esto se sobreentiende,
que a la santa una iglesia de piedra edificar».
La voz del santo Obispo, llevada por la brisa,
a los últimos barcos acaba de llegar,
pero nadie se mueve ni nadie le responde:
todos miran al cielo, o al aire, o a la mar.
Sin embargo, allá lejos, en las últimas filas,
una barca se mueve, bien se le ve bogar
al hombre que la ocupa, un marinero solo
que pretende al costado del Obispo atracar.
«¿Qué quieres, marinero?» le pregunta el prelado;
y el nauta le responde: «Acercarme y hablar».
«Acércate, te escucho.» «Me llamo Barallobre;
mi mujer es Columba; mi único hijo, Juan.
Si muero en la demanda, ¿quién se cuidará de ellos?»
«La mitra, por supuesto, los alimentará.»
«Gracias, señor Obispo. No esperaba otra cosa.
Pero hay otros extremos que quiero precisar:
el cuerpo de la santa, ¿lo heredarán mis nietos?»
«Será, mientras exista, de tu posteridad.»
«Si levanto una iglesia, será con las limosnas
que los buenos cristianos a la santa darán.
Y, una vez levantada, ¿de quién son las limosnas?
¿Mías y de mis hijos? ¿De la Iglesia serán?»
«Eres un puñetero gallego desconfiado,
pero yo soy Obispo, y tengo autoridad
para hacer un contrato aquí mismo contigo:
las limosnas que caigan, de vosotros serán;
pero, bien entendido, cuidaréis de la iglesia,

que esté limpia y decente. La habréis de retejar cada vez que la lluvia descubra una gotera, y si pasan tres días lloviendo en el altar, la capilla, y la santa, y todas las limosnas a la administración de la mitra vendrán.»

«Muy bien, señor Obispo. Acepto este contrato.

Lo escribirán en piedra los canteros de allá, no porque desconfíe de su santa palabra, sino por garantía de mi posteridad.

Porque, señor Obispo, no somos inmortales; vendrán otros obispos que nos gobernarán; las palabras de ahora, el viento se las lleva; los testigos presentes, en la huesa estarán.

Escrito en pergamino, delante de notario, ese contrato puede cinco siglos durar;

pero ¿y después? Por eso, sin ofender a nadie, quiero que conste escrito en piedra de sillar, que se pondrá en un sitio visible de la iglesia para que mi derecho nadie ose pleitear.»

El santo Obispo alarga la mano bienhechora.

Bendice a Barallobre. «Acepto el trato. ¿Estás dispuesto a dar el salto? ¿O piensas que bogando el cerco de esas olas tu proa romperá?»

«Iré a nado. Las olas no hay barca que las pase.»

«Sube.» «Absuélvame antes.» «De rodillas, rapaz.»

Murmura unos latines, su mano cruza el aire, libre de sus pecados el marinero está.

Los presentes escuchan y miran en silencio.

Algunos corazones la envidia sienten ya:

«Éste, en cinco años, rico. ¿Por qué seré cobarde?».

Otros, temen su muerte, y empiezan a rezar.

Barallobre se yergue; su cuerpo salta y brinca
el círculo rugiente de las olas. Un «¡Ah!»
en todas las gargantas resuena. El marinero
hiende las aguas negras. ¿Se lo tragará el mar?
¿Quedaré sin marido y sin amor Columba?
El Obispo, anhelante, se olvida de rogar
a Dios por Barallobre. Una brazada, otra,
la cabeza ha surgido, el cuerpo avanza ya.
La santa ya está cerca...

.....,

Capítulo I

Manuscrito o quizás
monólogo de J(osé) B(astida)

